

10 de noviembre de 2013

Entrevista / Yves Bonnefoy / El sentido de la poesía

Yves Bonnefoy. El autor recibirá en Guadalajara el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, el primero otorgado al idioma francés

Auxilio Alcantar

PARÍS.- Las violencias, las guerras, las injusticias, las actitudes racistas, la degradación del clima, la extinción de especies son acontecimientos que desbordan toda conciencia particular, que hay que comprender, analizar, diferenciar, y ese es el trabajo que el poeta debe cumplir bien, señala el francés Yves Bonnefoy en entrevista exclusiva.

El poeta, traductor y crítico, miembro del Collège de France, es el primer autor en lengua francesa reconocido con el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, que recibirá el 30 de noviembre en Guadalajara. Bonnefoy es uno de los autores más influyentes de la literatura gala contemporánea y su obra abarca poesía, cuento y ensayo; entre sus títulos en español destacan *Las tablas curvas*, *Principio y fin de la nieve*, *Del movimiento y de la inmovilidad de Douve*, *La lluvia de verano* o *Sobre el origen y el sentido*. Además, ha traducido al francés clásicos de la lengua inglesa e italiana.

¿Elegió la poesía o ella lo eligió a usted?

Esta pregunta me exige reflexionar en mis antiguas experiencias y me resulta particularmente difícil. Me faltaría tiempo para ver de manera más clara y muchas páginas para responder. Digamos que yo no escogí verdaderamente consagrarme a la poesía, más bien comprobé que lo hacía, desde la infancia, que no podía ser de otra manera. Pero no hay una poesía fuera de nosotros para solicitarnos.

Minerva se erige frente a nosotros y nos obliga a consagrarnos a su culto. Eso que llama, que nos llama, es la existencia, el hecho de la existencia en los seres, sean éstos personas o cosas, un hecho precario, absoluto, que

nuestras maneras de pensar nos privan de ver, que tenemos que aprender a reconocer y amar, sea en los intercambios que tenemos con los otros en nuestra vida, sea en el trabajo sobre las palabras, la poesía.

Usted nunca visitó México, pero ¿qué imagen tiene de ese país?

Yo descubrí México a través de la palabra y las obras de mis amigos mexicanos. Ese fue el hilo conductor en el que siempre tuve gran confianza. Y también ¡tantas imágenes fotográficas nos ayudan hoy a ver de cerca, de muy cerca, casi del interior, las pinturas, las esculturas, los edificios! Tengo la impresión, evidente y ampliamente ilusoria, de conocer un poco México; y estoy fascinado por ese diálogo que dos grandes tradiciones religiosas y artísticas establecieron sobre su suelo: Violencia de lo religioso en diferentes épocas de antes o después de Cortés enfrentado con la lucidez y a la luz de la búsqueda artística. México es uno de esos crisoles donde la modernidad que viene busca y encontrará probablemente un poco de su oro.

¿Qué recuerdos tiene de sus encuentros con Octavio Paz?

Él hablaba de una tentativa común entre ustedes, por vías diferentes, de volver a la poesía como una fuente original, un retorno a la autenticidad, ¿qué piensa usted?

Paz guardaba en su espíritu la idea de que la poesía es la fuente, y esa es exactamente la palabra, la única fuente. Yo veo en su obra esa búsqueda de ir más allá, por encima de otros compromisos, aunque legítimos parecieran. Un ejemplo: cuando dimitió de su cargo como embajador de México en la India en protesta por la represión estudiantil de 1968. Octavio es un hermoso ejemplo de este pensamiento que sabe distinguir lo que la poesía tiene de radical como de específica.

Pero yo tenía otra razón para interesarme en su manera de ser, y es quizá desde este segundo punto de vista que Paz resentía la proximidad de la que usted habla refiriéndose a hechos o intenciones de mi propia relación con la poesía. Me explico: es preferible tener separados en el proyecto de la poesía un trabajo que es fundamentalmente poético, por un lado; y, por el otro, los diversos tipos de compromisos que ciertamente tenemos que tomar en el contexto social o político que es el nuestro. Sin embargo, el quehacer social o los acontecimientos políticos no son el único objeto de reflexión o de adhesión, tal como lo integran en su vida algunos que se quieren poetas.

Hay otros para quienes la escritura poética puede establecer vínculos de otro tipo, diferentes del de la necesidad de denunciar una preocupación factual.

Vínculos esta vez que no son ese fervor, esa indignación con riesgo constante de dejarse simplificar y empobrecer por el sueño; pero que, al contrario, tienen la suerte de ser ocasiones de lucidez aguda y de incitación a una escritura más en alerta de los peligros que la acechan en el empleo mismo de las palabras. Esas palabras que sólo llegan a los poetas desde el seno de un pasado de especulaciones religiosas, metafísicas, y por ende sobrecargadas de sueños, de alucinaciones e incluso de imposturas.

Dicho de otra manera, hay para la poesía otra apariencia de su acto además del acontecimiento social, político, y son los hechos y las palabras de un

pasado siempre presente, y, en el corazón de esa herencia peligrosa, que las reflexiones, los testimonios, las obras de aquellos que, en cualquier época de la historia, se comprometieron con más o menos lucidez y de manera indirecta a los mismos problemas que la sociedad. Comprendamos bien esto: las violencias, las guerras, las injusticias, las actitudes racistas, la degradación del clima, la extinción de especies, son acontecimientos que desbordan toda conciencia particular, hay que comprenderlos, analizarlos, diferenciarlos, y ese es el trabajo que el poeta debe cumplir bien y tanto como cualquier otro observador, lo que le obliga a plantearse hipótesis cuya naturaleza necesariamente conceptual forzará su pensamiento a las simplificaciones que antes he enunciado: simplificaciones que reemplazan la existencia plena por simples esquemas. Y he aquí el riesgo de olvidar la tarea de transgresión que la poesía le pedía emprender al poeta. Pero al lado de esos acontecimientos sociales, que podemos decir objetivos y que, hay que comprender, existen también interpretaciones de dichos acontecimientos. Y si éstas son simplificadas, soñadoras, insuficientes,

¿cómo no ver que su estudio, que percibirá las fallas, pueda ser al contrario, para el intérprete, una oportunidad de verdad, y de mayor realidad? En Francia, muchas veces se piensa que la adquisición del saber va en contra de la espontaneidad, que se cree es la poesía, pensar así es evidentemente pernicioso y también contrario al estilo de los poetas serios de nuestra lengua. La reflexión sobre las obras del pasado o del presente en otras culturas, no es ciertamente la creación poética, pero sí es uno de sus mayores recursos. Esta es la relación con la sociedad, con la historia, esta manera poética de tomar en cuenta los datos (la información) de la cultura, que Octavio Paz comprendía intuitivamente y manejaba con remarcable inteligencia.

En su libro *L'Autre Langue Portée de Voix* (Editorial Seuil, 2013) da algunos ejemplos sobre el problema de la traducción de la poesía. La poesía no puede ser una producción de significaciones, dice usted. Explíquenos.

La poesía no es significación, y este hecho crea un problema al traductor porque naturalmente éste se apoya en los significados que percibe en el texto, lo que lo conducirá a proponer nuevos significados. ¿Qué hacer? Tomar las significaciones del texto original no como propuestas que tratamos de hacer pasar de una lengua a la otra sin cuestionarnos sobre ellas, sino por lo que esas significaciones fueron para el poeta que traducimos, si éste fue verdaderamente un poeta haciendo acto de poesía. ¿Qué hacía el poeta con esas significaciones? Comprobaba el carácter conceptual, que lo privaba del pensamiento de finitud, intentaba liberarse de las limitaciones que pesaban sobre su proyecto de presencia de sí: extendiendo, buscando la manera en que esas significaciones escondían en él otros pensamientos, más íntimos? Pues bien, que el traductor tome esas significaciones que descifra en un solo cuestionamiento y en el seno esta vez de su propia existencia. Que haga de esa tarea de traductor no una copia pasiva sino una prueba de sí. Única manera para él de ser poeta, como hay que serlo cuando queremos traducir poemas.

Usted consagró mucho de su tiempo a la traducción de más de una docena de obras de Shakespeare, pues consideraba que no habían sido correctamente comprendidas en Francia. ¿Lo piensa todavía y por qué?

Traducir es escuchar una obra de mejor manera que por la simple lectura, y es por eso que, después de haber traducido Hamlet quise seguir traduciendo a su autor, convencido, en efecto, de que Shakespeare todavía no había sido comprendido, no por sus lectores, uno por uno, que son numerosos, sino a nivel colectivo, ese nivel donde las sociedades deciden lo que debe o no debe ser la verdad, los valores, las tareas. Hay en Shakespeare una crítica social tan radical como lúcida, pero también muy difícil de poner en práctica. Poeta, profundamente, intuitivamente, pero en contacto con las diversas maneras de tener relación con la sociedad y el mundo. Shakespeare pidió a la poesía que lo iluminara en esas situaciones donde la luz y las tinieblas luchan, y donde, seguido, estas últimas triunfan, todavía hoy.

Shakespeare deja a las otras personas establecerse en su palabra, no piensa por ellas, las escucha hablar, y la verdad está allí, en sus palabras, implícita, pero audible para quien hace también, por su parte, el esfuerzo de escuchar.

De Hamlet al Cuento de invierno, pasando por el estudio de los estereotipos sociales que son sus muy complejos sonetos, es ésta problemática la que me tomó más tiempo en mi trabajo de traducción y meditación de su obra. Incluso tuve que construir una llave para lo que me parece el centro y la razón de la fascinación que ejerce todavía la obra.

Auxilio Alcantar, Periodista cultural